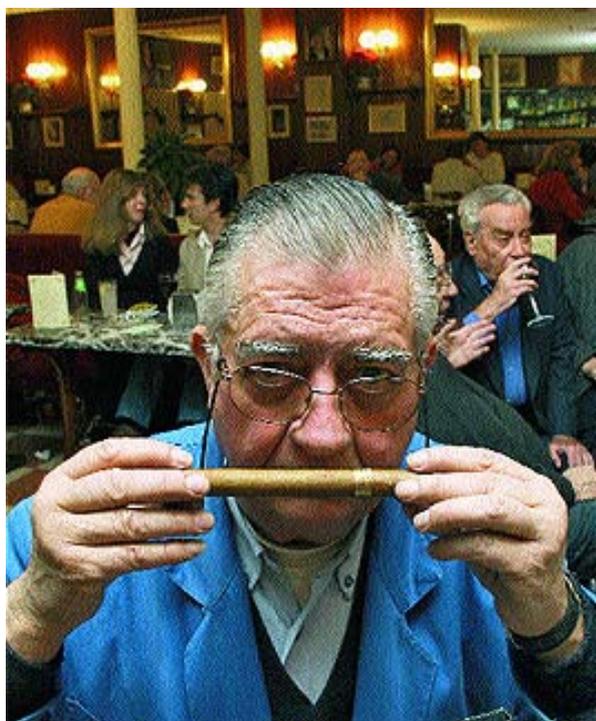


ALFONSO, EL CERILLERO

ALFONSO GONZÁLEZ PINTOR

Cerillero, anarquista y azote de intelectuales del café Gijón

Vendedor de tabaco y lotería, 72 años.



Nació en Barruelo de Santullán (Palencia) y era hijo de un miliciano anarquista fusilado en la Guerra Civil. Sus 30 años vendiendo tabaco y lotería en el café Gijón, centro de reunión de la bohemia de la capital, le habían convertido en confidente y amigo de intelectuales y escritores. «Aquí vendió tabaco y vio pasar la vida Alfonso, cerillero y anarquista», dice la placa que le recuerda en el café.

No sabíamos cuántas navidades más pasaría Alfonso con nosotros. Ojalá hubieran sido muchas más. Por si acaso sus amigos del café Gijón organizamos un pequeño homenaje hace unos tres años. Mejor una hora antes que un minuto después. Nos juntamos Raúl del Pozo, Javier Villán, Pepe Esteban, Manuel Alexandre, Álvaro de Luna, Mari Paz Pondal, Juan Madrid y un montón más –de los clásicos sólo faltaron Umbral y Manolo Vicent, los muy perros–, habituales de la barra, la tertulia de

la ventana, la mesa de los poetas, o sea, clientes de toda la vida, pintores, escritores, actrices, actores. Amigos o simples conocidos que apenas nos saludamos al entrar o salir del café, hola y adiós, pero girábamos en torno a ese modesto puesto de tabaco y lotería que Alfonso, el cerillero, atendía en el vestíbulo del que fue último gran café literario del rompeolas de las Españas.



Hace tiempo prometí que un día pondríamos una placa con su nombre donde, desde hacía treinta años, asistía a las idas y venidas de los clientes, prestaba dinero y fiaba tabaco, te guardaba la correspondencia y confirmaba el generoso corazón de oro que latía tras su gesto irónico y el mal genio que asomaba cuando le pegaba al frasco y recordaba que su padre, miliciano anarquista, luchó por la libertad antes de morir en la Guerra Civil, dejando a su huérfano sin infancia, sin juventud, sin instrucción y

lejos del lado fácil de la existencia. Por eso en la placa pone: «Aquí vendió tabaco y vio pasar la vida Alfonso, cerillero y anarquista. Sus amigos del café Gijón». La redactamos así, en pretérito indefinido, para que Alfonso supiera qué leería la gente cuando él ya no estuviera allí. Privilegio ése, conocer en vida el juicio de la posteridad, que está reservado a muy pocos. A grandes hombres, tan sólo. A gente especial como él.

Centinela de la nostalgia. Alfonso era la memoria bohemia de Madrid, del café legendario que en otro tiempo se llenaba de artistas famosos, escritores malditos o benditos, gente del teatro, actrices, poetas, vividores, sablistas y furcias profesionales o aficionadas; cuando, por culpa de algún guasón, la pobre señora de los lavabos salía voceando: «Don Francisco de Quevedo, lo llaman al teléfono». Alfonso era monumento vivo de un mundo muerto. Centinela de nuestras nostalgias. Hasta hace poco, ese último testigo de los fantasmas del viejo café seguía allí, en su garita de tabaco y lotería, mirando, escuchando en silencio, despreciando, aprobando con ojos guasones y juicio callado, inapelable. De vez en cuando le daba el arrebató libertario y montaba la pajarraca; como una vez que sus jefes del Gijón lo tuvieron tres días arrestado en casa, sin dejarlo ir al trabajo, porque Joaquín Sabina se lo llevó a una taberna a calzarse veinte copas, y a la vuelta, un poquito alumbrado, Alfonso cantó las verdades a un par de clientes que se le atravesaron en el gaznate. «Los intelectuales –decía– sois una mierda».



Ése era mi Alfonso. Con su pinta de torero subalterno maltrecho por el ruedo de la vida. Con sus filias y sus fobias, conciencia viva de una época irrepetible con su historia artística, noctámbula, erótica, golfa. Y con quien jugábamos a la lotería que nunca nos toca, en mi caso pagando yo el décimo pero a medias en los hipotéticos beneficios, a ver si salíamos de pobres de una puta vez. Hay que ver cómo pasa el tiempo. A veces estábamos charlando, me daba el correo, un periódico o un cigarrillo, y me recordaba a mí mismo jovencito y recién llegado a Madrid, sentado tímidamente en una mesa del fondo. Cuando envidiaba a los clientes habituales que se acercaban a charlar con el cerillero, y soñaba con que un día Alfonso me distinguiera también con su aprecio y su conversación.

El día en que tomé posesión del sillón en la Real Academia Española lo invité, claro. Se presentó repeinado, con chaqueta y corbata –«La primera vez que me la pongo», gruñó cuando le comenté, para chincar, que parecía un fascista–. Lo que es la vida: le tocó sentarse al lado de Jesús de

Polanco, y allí estuvieron los dos charlando de sus cosas, de tú a tú, el cerillero del café Gijón y el propietario del grupo Prisa. Cómo lo ves, Jesús, y tal y cual. Yo en tu lugar, etcétera. Todo con muy buen rollo. Aunque al final, según me cuentan, a Alfonso le dio la vena anarquista y le estuvo dando al pobre Polanco, que escuchaba y asentía comprensivo con la cabeza, una brasa libertaria de la leche.

por Arturo Pérez-Reverte



Alfonso Cerillero del café Gijón

Jueves, 23 de diciembre de 2004



Lleva décadas atado a la silla y al mandil que le han convertido en testigo incomparable de la intelectualidad de este centenario local del paseo de Recoletos. A través de las cristaleras ha visto pasar durante años el tráfico incesante del centro de Madrid; observa a las personas con paciencia y vuelve a estar, una vez más, en el epicentro de las Navidades madrileñas cuando, por única vez en todo el año, cena con su familia.

JAVIER LORENZO

En el café Gijón hay una placa que reza: «Aquí vendió tabaco y vio pasar la vida Alfonso, cerillero y anarquista. Sus amigos del café Gijón». La autoría se le atribuye a Arturo Pérez-Reverte, pero Alfonso -Alfonso González Pintor por más señas- no es difunto aún -que sea por muchos años- y sigue atendiendo a la clientela del afamado local, ora dando cambio, ora saludando, ora elucubrando piropos retrecheros que se quedan en un ejercicio oratorio de comedia y, cosa no imposible, casta lujuria. «Según me dijo un académico», y un académico no puede equivocarse, «el hacer placas o monumentos a personas que aún están con vida procede de la época de los templarios y sólo se hacía con los reyes y los ilustres».

-¿Y lo de anarquista?

-Es que mi padre era de la FAI, pero yo tengo buenas relaciones con el Rey, al que conocí en el Ejército cuando era alférez.

Cuidado con el personaje, que por lo que se ve es calladamente influyente, siempre presto a hacer favores y crisol donde muchos desembocan sus cuitas. Todo lo cual proporciona un poder no siempre mensurable ni traducible en cargos, pero no por eso menos efectivo llegado el caso.

«Intensa. La Navidad es una época intensa», atornilla Alfonso, que expone la razón de su pensamiento: «Es que la Nochebuena es el único día del año que como con mi familia». Y así un año tras otro hasta 33, que son los que lleva al frente del negocio. Lo de intenso creía uno que iba a ser por la Lotería, pero no, aunque bien es cierto que los billetes del sorteo son la estrella, «el plato fuerte de las fiestas».

-¿Y alguna vez ha dado el Gordo o algún premio?

-Pues no, ni creo que lo dé. Es mejor no darlo, porque si toca luego no compran.

Tras esta peculiar doctrina económica, en línea con la castellana costumbre de vender el paño con el arca cerrada, se le pregunta por el motivo que le ha atado tanto tiempo a esa silla y a ese mandil azul. «Es que a mí me va la marcha», resuelve con desenfado, pero a continuación exhibe otro argumento más prosaico: «Es que no puedo jubilarme con lo que cobro de pensión». ¿Y en estas fechas se saca algún sobresueldo? «Psche. La gente siempre es generosa, pero vaya...» ¿Y qué ha sido lo máximo que le han regalado los clientes? «Un jamón serrano, que es lo que más me gusta y además es muy sano».

A través de las cristaleras del café se ve el tráfigo habitual del paseo de Recoletos y también las palabras sueltas que hacen de pretendido adorno navideño o así. ¿Qué piensa él de esta brillante (por lo luminosa) innovación? Alfonso utiliza entonces su sutil ironía. «Será para que aprenda la gente a leer y escribir». Y añade: «Le vería más sentido si ese dinero lo hubieran empleado para los sin techo». Tome nota, señor alcalde.

Que la Navidad ha perdido religiosidad es algo que a Alfonso no le cabe duda, pero que tampoco le preocupa en exceso. «Se ha ganado en consumismo, pero la libertad es muy grande y que cada uno haga lo que quiera». Él, por ejemplo, no hace belenes ni adorna árboles ni cosas por el estilo. «Lo hace mi nieta y yo disfruto viéndolo pero nada más, que se pierde mucho tiempo. Además, yo no voy ni a misa». Se queda un momento pensativo, recapacitando sobre lo que acaba de decir y señala que no va a misa «porque no le dejan, pero él que quiera ir que vaya. Tampoco profano templos. Yo respeto todo».



Como muestra de ese respeto y ese sentido ecléctico de ver la vida, basta con fijarse en algunos elementos de su quiosco, donde entre los caramelos y los paquetes del nefando tabaco se advierten unas postales subidas de tono en las que aparecen mozas con los turgentes pechos al aire o una pareja de monjitas en la plaza Mayor acarreando entre ambas una botella de whisky de cerca de 15 litros. Se advierte que a Alfonso también se le ha visto en ocasiones leyendo el Abc o La Razón, así que nada más lejos de la irreverencia fanática o la provocación obscena.

Otro ejemplo más de su carácter hecho a todo. «Me dan igual los Reyes Magos que Papá Noel, con que caiga algo me conformo». ¿Pero cuál sería su mayor deseo? «Un piso para mi hija y mi nieta. Eso sí que sería un milagro, que también los hay». Y en cuanto a la comida, sigue la misma política: «Me da igual una cosa que otra; lo que caiga se come y ya está».

Supongo que, de algún modo, es una forma de estoicismo.

Es fácil caer en la tentación de decir que Alfonso es una institución. Y no digo yo que no lo sea después de tanto tiempo como testigo del paso de la intelectualidad. Pero más que una institución, Alfonso no es ni más ni menos que un ser bondadoso, presto a echar una mano a quien haga falta, ya sea trasladando un recado, guardando un paquete sin pasarle los rayos X o asimilando la última anécdota o chascarrillo que le cuenta el parroquiano de turno. «Aquí estoy para lo que usted quiera. Y si le hace falta preguntar más cosas, pregunte, pregunte».

Desde su atalaya, Alfonso no sólo ve pasar la vida como dice la placa a la que hicimos referencia, también observa a las personas con la paciencia y el criterio de un entomólogo. «La gente se humaniza más en estas fechas, aunque sólo algunos porque buena parte ya está deshumanizada». Y esto a qué puede deberse, a ver. Alfonso se encoge de hombros y no contesta.

Lo que sí tiene claro es que en España hay mucha juerga. «Somos el país con más fiestas del mundo. Tenemos más fiestas de lo normal y ya no son religiosas, pero si a la gente le sigue gustando la Navidad es por seguir con la tradición, no por otra cosa. Ahora mismo, hay países mucho más religiosos que el nuestro. De hecho, creo que somos los menos religiosos del mundo». No lo echen en saco roto. Alfonso dixit.

EL PAIS edición impresa

Treinta años encendiendo las letras de Madrid

Los clientes del café Gijón rinden homenaje a Alfonso, el vendedor de tabaco del establecimiento

SUSANA HIDALGO

Alfonso González Pintor, Alfonso el Cerillero, permanecía ayer sentado en su puesto habitual del café Gijón, a la derecha de la entrada y rodeado de paquetes de tabaco, chicles, humo, postales de Madrid y papeletas de lotería de Navidad. El aire frío le daba cada vez que un cliente abría o cerraba la puerta: como todos los días desde hace 30 años. Pero ayer fue un día diferente para Alfonso.

"Aquí vendió tabaco y vio pasar la vida Alfonso, cerillero y anarquista", señala una placa

Los amigos del cerillero y asiduos del café quisieron hacerle un homenaje a este hombre de gesto tímido, andares cortos y cansados, y personaje inseparable de su uniforme de color azul y gafas colgadas en el pecho. El homenaje fue una sorpresa, así que poco antes de la hora convenida -las ocho de la tarde- los conspiradores fueron apareciendo en el Gijón: los escritores Arturo Pérez-Reverte y Juan Madrid, el cineasta Tito Fernández, los periodistas Javier Villán y Raúl del Pozo, los actores Álvaro de Luna y Manuel Aleixandre...

El revuelo que se formó en el local no alteró el semblante de Alfonso, hasta que Pérez-Reverte lo cogió por sorpresa del brazo y le ayudó a bajar a la sala inferior, un recinto abovedado y con los techos de madera y una alfombra roja. "Yo te voy a decir de qué se trata...", le dijo Pérez-Reverte ante la cara de incredulidad que puso el viejo cerillero al recibir una clamorosa ovación de los más de cincuenta amigos que se reunieron ayer en el Gijón para rendirle homenaje. "Alfonso es la persona del café Gijón de toda la vida", explicó el escritor. Y luego contó algunas de las penurias que ha pasado el cerillero. "Tuvo una infancia bélica, con un padre anarquista de la Guerra Civil y su familia le seguía como si fuese Pancho Villa". El padre de Alfonso murió, y la madre, que no quería que su hijo fuese a un colegio franquista, le enseñó a leer y a escribir por las noches, siguió recordando el creador del Capitán Alatriste.

Pérez-Reverte entregó una placa al homenajeado en la que se puede leer: "Aquí vendió tabaco y vio pasar la vida Alfonso, cerillero y anarquista. Sus amigos del café Gijón". La placa será colocada justo encima de su puesto habitual de trabajo. "Cuando estés criando malvas, la gente sabrá qué es lo que hacías en el Gijón", bromeó Pérez-Reverte. Luego, uno por uno, fueron hablando algunos de los intelectuales que frecuentan el café.

El periodista Raúl del Pozo recordó cuando Alfonso le prestó "dos millones de pesetas". "Ha sido el camello de todas nuestras pasiones", ilustró Del Pozo. El escritor Juan Madrid resaltó que siempre se ha fiado "del olfato literario" del cerillero y que le ha dado a leer casi todas sus novelas para saber su opinión. A su lado, Alfonso tan sólo acertaba a sonreír un poco y a decir un tímido y escondido "gracias". "Yo sólo quiero decirte que te quiero muchísimo", le dijo una amiga momentos antes de estamparle en la mejilla un sonoro beso. "¡Y a ver si das algún premio de lotería, que no lo has dado nunca!", gritó uno de los presentes.

El poeta Pedro Beltrán le dedicó los siguientes versos: "Es Alfonso el cerillero / el mejor gacetillero / del Gijón, / y también es el banquero / que pone al prestar dinero / el corazón".

"Yo con Alfonso he hablado mucho, mucho tiempo, muchos años. No sé cuándo quiere más, si cuando quiere o cuando desprecia", dijo el actor Manuel Aleixandre.

Luego llegaron las fotos, y más besos, y las cervezas y las copas. Alfonso se tomó una coca-cola. "La verdad es que algo me olía. Es muy duro... Es muy duro... Es un constante sufrir... El sufrimiento de que uno es tímido", balbuceó, apenas, el homenajeado con los ojos rojos al preguntarle sobre sus sentimientos esa noche tan especial. Luego, más tranquilo, se soltó hablando de las dos mujeres de su vida: "Mi nieta Eva y mi mujer, Leonor". "Tengo una esclava en casa: mi mujer se levanta todos los días a hacerme la cena a las tres de la mañana", bromeó Alfonso. Porque el cerillero del Gijón llega a su casa a las tres de la mañana después de trabajar "14 horas diarias". "Llegué aquí hace 30 años con un amigo porque me jubilé por enfermedad y sólo me daban 5.000 pesetas al mes". "No me retiro porque necesito el dinero y porque aquí me encuentro muy bien; sobre todo si alguna vez puedo insultar a alguien", comentó con una media sonrisa. Entre felicitaciones, Alfonso acertó a resumir su vida en el Gijón con una frase: "En 30 años, todo lo que he visto ha sido", se paró un momento a pensar, "bueno".

"Forma parte del mobiliario"

Seguramente la historia personal de Alfonso, con más tintes trágicos que cómicos, es lo que ha hecho de este personaje uno de los emblemas del café Gijón. Alfonso el cerillero se ha ganado el respeto de todos. Los elogios no paraban ayer de salir de las bocas de los que asistieron al homenaje.



El escritor Juan Madrid ha dirigido su primera película -Tánger- y quiere que Alfonso la vea para que le dé su opinión. "Nos ha ayudado mucho con la literatura. Es un gran lector de novela policiaca, le encanta", dijo Madrid.

Arturo Pérez-Reverte, que le dedicó el escrito El centinela del café Gijón, le describió como "una institución en el café". "Me ha guardado el correo, me ha fiado tabaco, dinero... Un homenaje entre amigos es lo mínimo que le podemos hacer", señaló el escritor. Raúl del Pozo señaló que, con su porte serio y tranquilo, parecía "un hombre de las películas de cine negro".

Sus compañeros de trabajo, los camareros, también se deshicieron en elogios. "Este hombre, por su forma de ser, ha sido muy afectivo, muy querido por toda la clientela. Muchos de los que vienen por aquí han escrito sobre él porque es un filósofo de la vida", comentó el camarero José Barcena, uno de los organizadores del homenaje.

Otro camarero del local, Onofre Oliva -"el más antiguo del café Gijón, con 39 años de servicio"-, describió la figura del cerillero "como alguien que forma parte del mobiliario". "Lo que le han hecho es un gesto muy bonito", comentó. Oliva se encargó, además, de recaudar "la voluntad" que los presentes quisieron entregar para donar al cerillero y su familia.

EL PAIS edición impresa

Alfonso González Pintor
Cerillero del café Gijón

JUAN CRUZ 05/02/2006

Cuando sus amigos del Café Gijón de Madrid le rindieron homenaje, en 2004, por estas fechas, el novelista y académico Arturo Pérez-Reverte, su amigo, escribió para la placa que le entregaron, y que está donde él tenía su negocio en el café: "Aquí vendió tabaco y vio pasar la vida Alfonso, cerillero y anarquista".



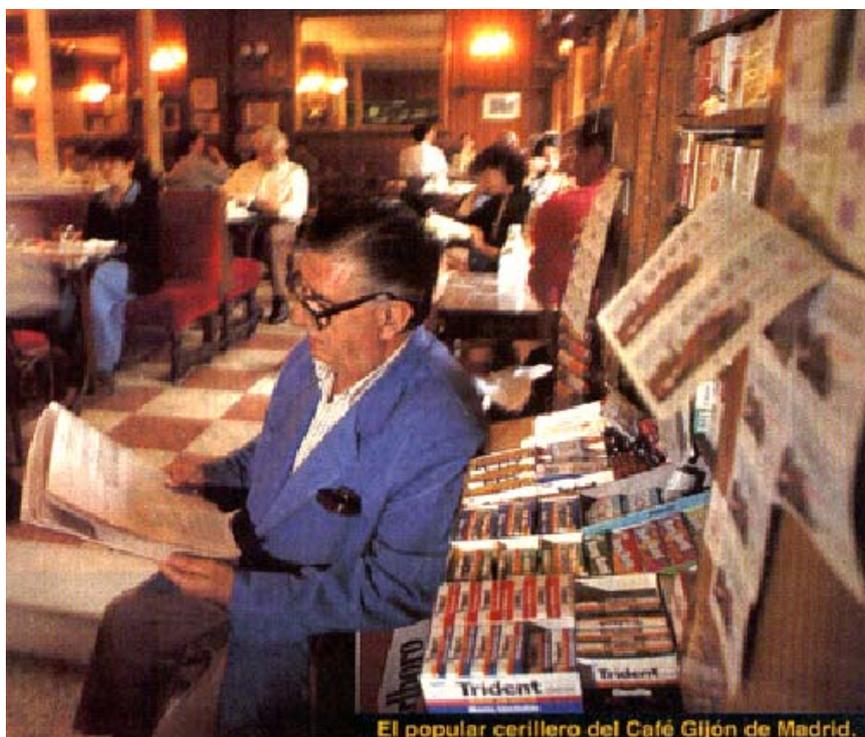
Ayer murió Alfonso. Era un hombre de bien, su humor era, decía ayer uno de sus grandes amigos, su compañero José Bárcena, camarero y escritor, el de un castizo que no se casaba con nadie. En su lugar -donde está aquella placa- vendía a diario, desde 1976, cerillas, tabaco, periódicos, lotería, pero, además, vendía lo que no cobraba: dinero. Muchas veces, esos amigos de siempre que se situaban a su derecha en la tertulia cotidiana del Gijón, le pedían dinero, para sus partidas, y para la partida de la vida; decía Manuel Vicent, que le tuvo mucha ley, que era el banco más seguro de

Madrid, "el hombre que se lo sabía todo, el prestamista más legal". El pintor José Luis Fajardo lo dijo así: "Tenía tanto sentido del humor que te prestaba dinero a última hora de la noche". ¿De dónde sacaba el dinero que prestaba? De los ahorros, mayormente, y de su generosidad; ni recordaba cuánto, ni lo reclamaba. Tenía en la memoria de los demás una fe sin límites, y en el secreto una de las divisas de su vida.

Su manera de ser era, pues, la del confidente divertido; a su alrededor veía la vida, y la contaba a media voz, como si no se creyera ni lo grande ni lo pequeño. Su presencia confería continuidad a esa imagen que siguen teniendo del Café Gijón los que -como hicieron Francisco Umbral y tantos otros- vienen a Madrid por primera vez y tienen la ilusión de tocar en su puerta el umbral de las glorias literarias.

Dejó de trabajar al tiempo que el Gobierno prohibía, también en el Café Gijón, la venta de tabaco. Un cerillero que no podía vender tabaco. No tuvo que padecer la contradicción; en las últimas navidades sufrió un accidente de automóvil, tuvieron que operarle las costillas, se recuperó, pero le sobrevino luego una neumonía que resultó fatal, y ayer falleció. Había nacido en Barruelo de Santillán, pueblo minero de Palencia, hace 72 años. Era de una familia republicana, anarquista, de izquierdas; a su padre lo mataron en la guerra, él estuvo a punto de ser uno de aquellos niños que fueron a Rusia, pero se quedó en España, y en Madrid pasó tiempos muy duros. Él decía que, para subsistir, tuvo que recoger colillas, y luego ya vendió tabaco en el Gijón. En estas últimas semanas, sus compañeros vendían su mercancía, pero su puesto ya no lo podrá ocupar nadie, y deja un hueco sentimental muy hondo.

Hoy, a las 16.30, lo incineran en el cementerio madrileño de la Almudena; y mientras tanto su familia y sus amigos le velan en el Tanatorio de la M-30.-





ARTURO
PÉREZ-REVERTE

El centinela del café Gijón

Nunca fue a la escuela, pero sabe latín. Lleva un cuarto de siglo viendo la comedia humana desde su tenderete de tabaco del café Gijón, junto a la entrada y frente al teléfono. Ha vendido cigarrillos, lotería y cerillas a todo el mundillo literario y a todo el puterío del rompeolas de las Españas, y eso le dejó algún punto de vista sobre el género humano y sobre la intelectualidad que, hombre tranquilo, sólo comenta con los íntimos en tono quedo; con esa calma senequista que es su imagen de fábrica. En el viejo café de Madrid, Alfonso es una institución y es una leyenda; y no todos tienen derecho a su apretón de manos o su media sonrisa. Ni siquiera a su tabaco. Parece un viejo banderillero cosido a cornadas, un subalterno aplomado, maltrecho, con mucha brega, cuando se mueve despacio para atender el teléfono, o venderte un Bic. Ha visto todo y de todos, y reconoce a un chorizo, a una lumi o a un político apenas cruzan la puerta. Y cuando alguien en una mesa cercana farolea y jiña alto, entonces Alfonso lo mira de lado y sonrío apenas, casi imperceptible, por encima de las páginas del ABC que hojea sentado entre sus marlboros y sus décimos. Es silencioso, estoico y sabio. Con más mili que el caballo de Prim.

Nadie tuvo que explicarle nunca lo que es ganarse la vida. Su padre, militante de la FÁI, se fue voluntario a defender la República; y la familia Alfonso, madre y dos hermanos- anduvo siguiéndolo como pudo por los caminos y los campos de batalla. «Como los revolucionarios mejicanos», evoca con melancolía. Luego su madre lo embarcó para Rusia, pero el Cervera interceptó su barco en alta mar, ahorrándole otra guerra y aprender el ruso. Al padre anarquista se lo tragó la derrota, desaparecido en combate o fusilado, y Alfonso recaló en Madrid, donde la madre prefirió que no fuese a la escuela antes que apuntarlo en Falange. Así que aprendió a leer y escribir de noche, cuando ella volvía, agotada, de lavar a mano sábanas de hotel. Siempre le habló con orgullo de su padre. Tanto que todavía hoy, cuando menciona a ese libertario de veintinueve años al que apenas conoció, el cerillero del café Gijón entorna un poco los ojos y asiente con la cabeza, despacio, antes de murmurar, absorto: «Con dos cojones».

Ha pasado hambre, y sabe qué es cenar en Navidad un boniato cocido para toda la familia. Fue colillero, albañil, camarero y otras cosas hasta que encontró el Gijón. Tiene sesenta y cuatro años, y no se jubila del todo porque la vida está muy perra, porque le gusta vender tabaco y porque, matiza humildemente, no le sale de los huevos. Le gusta comer bacalao, poco los toros, y menos el fútbol. De joven hubiera querido parecerse a Gary Cooper, y su actriz favorita era Esther Williams, aquella fuertota que siempre estaba nadando. Nunca habla de política, ni de literatura, ni de ninguna otra cosa en voz alta; pero los íntimos saben que para Alfonso la literatura murió de muerte natural en este país de gilipollas, y que los políticos son chusma incompatible con las palabras tierra y libertad.

Es guasón, escéptico y prudente, aunque a veces se tira de espontáneo a la tertulia -tienen mesa contigua- de Raúl del Pozo, el maestro Vicent, Alexandre, cervino y el Algarrobo. No tiene sueños imposibles, ni milongas. Yo creo que ni sueña. Acude cada día a abrir su tenderete y eso le da sobrado trabajo, diversión y sabiduría. Con frecuencia, sentado ante mi mesa mientras leo o trabajo un poco, paso un rato observándolo, inmóvil con su chaqueta azul de faena, impassible centinela del café legendario. Le gusta que entren mujeres guapas, y cuando detecta a alguna, su mirada la sigue un brevísimo instante y luego se cruza con la mía, antes de fijarse de nuevo en el infinito insinuando la media sonrisa cómplice. Somos viejos amigos. A veces, cuando hay poca gente, hablamos de las cosas de la vida. Atiende mi correo y llamadas telefónicas; y a cambio, cuando se ausenta un rato, he llegado a despacharle a algún cliente, dejando el dinero sobre su taburete. Cada semana, desde hace años, jugamos juntos uno de sus billetes de lotería, aunque mediante un peculiar sistema: yo le compro el décimo, y si toca vamos a medias. El día que nos salga y se jubile de verdad, encargaré una placa de bronce para que la pongan en su rincón: «Aquí vendió tabaco y vio pasar la vida Alfonso. Cerillero y anarquista».



La cuesta Moyano

Madrid es una ciudad zafia y grosera, martirizada por conductores insolidarios y ruidosos obras interminables, guardias de tráfico y grúas municipales que nunca están donde deben estar, y por un alcalde que se maquilla con cemento, impávido, el pétreo rostro cada mañana. Un alcalde a quien mi vecino Marías, que además de perro inglés es tigre chamberlero y morador actual de la Plaza de la Villa, y como tal sufre a diario el asunto en sus carnes y sentimientos, asesta de vez en cuando indignadas catilinarias que el arriba firmante, o sea, yo, suscribo sin reservas, de alfa a omega. Sin embargo, pese a ediles sin escrúpulos ya otros elementos de la misma reata, a Madrid no han conseguido quitarle todos sus encantos, alguno de los cuales ya cité en esta página. y entre esas pequeñas reservas apaches, bastiones que resisten más o menos victoriosamente el embate de la ordinarioz, la estupidez y la codicia, y aún ofrecen refugio a las gentes de buena voluntad, se cuenta todavía, gracias a Dios o a quien sea, la cuesta de Claudio Moyano.

Ahora que vienen esas largas mañanas luminosas e invernales, cuando las ramas desnudas de los árboles dejan que el sol caliente los tenderetes y los puestos pintados de gris que se escalonan calle arriba, la vieja y querida cuesta Moyano, feria permanente del libro de segunda mano, es punto obligado para quienes saben pasear por ella como por una playa fascinante, donde los naufragios de miles de bibliotecas y saldos editoriales arrojan sus restos entre resacas de tinta y papel. Si el viajero que llega a Madrid es uno de esos felices contaminados por el virus singular, incurable, que se adquiere al tocar las páginas del primer libro hermoso, uno de sus itinerarios obligados se iniciará en el paseo de Recoletos con un cortado sobre los viejos veladores de mármol del café Gijón, a esa hora en que hay pocos clientes y Alfonso el cerillero, entre bostezo y bostezo, hojea el periódico junto a sus cajetillas y décimos de lotería. Luego, tras saludar en silencio a todos los venerables fantasmas que acechan entre aquellas paredes y espejos venerables, el viajero bajará acompañado por uno de ellos —Jardiel, Valle, Baroja o cualquier otro— hacia Cibeles y el paseo del Prado, y por la margen izquierda, sin prisas, llegará a la verja del jardín Botánico para luego, torciendo también a la izquierda, subir por Moyano deteniéndose entre los puestos de libros que allí

aguardan a que un afortunado poseedor les dé calor, utilidad y vida. y tal vez, si ese día el buen fantasma de turno le sonríe por encima del hombro, el paseante hallará, con un ligero sobresalto de placer emocional, ese volumen nuevo o amarillento, ese título que busca, que intuye o que espera, destinado a él desde que alguien, quizá muerto hace siglos, lo imaginó y escribió en la soledad de un estudio, en una buhardilla, en el velador de un café, antes de darlo a la imprenta como quien pone un mensaje dentro de una botella capaz de recorrer el curso del tiempo.

Después, con su botín maravilloso bien apretado contra el pecho, el paseante continuará camino calle arriba, mirando otros puestos con la esperanza de que el milagro se repita. Pasará ante librerías de guardapolvo gris o chaquetón de cuello alzado que se calientan al amor de una estufa eléctrica, rostros curtidos por años de estar bajo la lluvia, el sol y el viento, como viejos mainos varados en un puerto imposible frente a la estación de Atocha. Hallará en ellos, sin que nada tenga eso que ver con la mágica mercancía que exponen, inteligencia o estupidez, mezquindad o simpatía. Cruzará ante tenderos para quienes un libro sólo es algo que compras y vendes, y también ante hombres y mujeres seguros de que su oficio es el más bello del mundo. y junto a malhumorados gruñones que murmuran si manoseas tal o cual volumen que no tienes intención de comprar, hallará indulgentes ancianos, pacientes asesores, corteses compañeros. y también a toda esa entrañable generación de librerías jóvenes, Boris, Paco, Antonio Méndez, Alberto y algún otro, que antes leen lo que luego venden, que heredaron de sus padres y abuelos sus viejos puestos de libros, o los compraron embarcándose en arriesgadas aventuras, y sueñan con que la cuesta Moyano vuelva a ser lo que fue, e imaginan modos de mejorar aquello, y acarician proyectos e ilusiones, y pronuncian palabras como solidaridad, renovación, esfuerzo, trabajo. Ya veces piden a los amigos, entre caña y caña de cerveza, que escriban artículos como éste.



Esa murga del tabaco

Lo siento por mi añorado ex vecino Marías, que se fuma hasta los filtros pero los fumadores en España tienen el futuro más negro que una loncha de jabugo en el plato de un guiri. Después de las últimas disposiciones oficiales restringiendo el consumo de tabaco en los transportes públicos, y con esto de que en verano hay menos asuntos para editoriales de periódicos y tertulias de radio, el coro habitual de asesores imprescindibles y analistas de plantilla empieza a apuntarse, cielo santo, a la campaña del tabaco políticamente correcto, o sea, hay que respetar los derechos del fumador pasivo, acotar más la cosa, extender la prohibición a nuevos ámbitos, desterrarle de los espacios públicos, etcétera. Y como aquí siempre resultamos más papistas que el papa y más radicales que nadie a la hora de apuntarnos a cualquier gilipollez, mucho me temo que, como de costumbre, aún sin creer de verdad en ello, dentro de nada todo cristo va a estar dando la barrila con la murga tabaquil, y los capullos de la Administración, o las administraciones, o lo que sean, que van improvisando programas de gobierno según lo que leen en los periódicos cada mañana con el desayuno, obrarán en consecuencia. O sea, que para que nadie diga que ellos van por detrás de nadie y no son de centroizquierda y de centroderecha y de centrocentro, se descolgarán de un momento a otro con nuevas disposiciones de salud pública y extenderán la prohibición de fumar a los restaurantes y a los bares y a los cafés. Que eso, a fin de cuentas, está más chupado de prohibir que los vertidos tóxicos, la extinción de los peces en las costas, los gases criminales que las industrias dejan escapar al amparo de la noche, la incontrolada contaminación de los automóviles en las ciudades, o los problemas de higiene pública que la edificación salvaje en zonas turísticas nos va a echar encima de aquí a nada.

Vaya por delante que no fumo, o lo hago de uvas a peras con algún cigarrillo ocasional cuando se terciá. Y que estoy por completo de acuerdo con eso de que en trenes, autobuses, aviones y barcos al fumador se le haga la puñeta, obligándolo a aguantarse las ganas. Lo que pasa es que una cosa es una cosa, y otra caer, como aquí terminamos cayendo siempre, en el fanatismo estúpido y la ultranza y el no vayan a pensar que yo, etcétera. Una cosa es que, como ya ocurre en

algunos países, uno vaya por la calle y vea a los dependientes de las tiendas asomados a la puerta para echar un cigarro, cosa que me parece chachi; y otra que aquí se empiece a decir, como acabo de oír por la radio, que hay que prohibir el tabaco hasta en los cafés, como hace buena parte de los norteamericanos. En primer lugar, porque los gringos, con esa moral anglosajona a medida y con esa peligrosa conciencia, ciudadana que los caracteriza, son más hipócritas que la madre que los parió, al arriba firmante le parecen marcianos, y, salvo honrosas y destacadas excepciones, no me los trago como ejemplo, ni en moral, ni en tabaco, ni en gustos, ni en series de televisión ni en muchas otras malditas cosas. Y en segundo lugar, porque comprendo que a uno, después de comer en un restaurante, le apetezca un cigarrillo, o un puro, o un canuto, si los gasta. O que acompañe con humo la copa de un bar. Y en cuanto a los cafés, qué les voy a decir. Precisamente se inventaron para eso: para tomar café y para fumar, leyendo o charlando con los amigos, o viendo pasar la vida. A ver qué cojones va a hacer uno en un café donde la gente no fuma. Eso sería como si en los bares prohibieran el alcohol, en los fumadores de opio, el opio, o en las casas de putas, las putas.

Así que todos esos ultracelosos y verborreicos cantamañanas que se autoerigen en guardianes de mis pulmones pueden irse a tutelar a su padre. En lo que a mí respecta, seguiré sin fumar, y pidiendo cortésmente a mi vecino de mesa, si el humo me incomoda mucho, que aparte un poco el cigarrillo, por favor, gracias. Pero me reservo el derecho a entrar en el café que sea, en el Gijón sin ir más lejos, saludar en su mesa al maestro Vicent, o a Raúl del Pozo, o al pintor Pepe Díaz, o a Cervino, Coll y el Algarrobo, sentarme en mi rincón, pedir un cortado con leche fría, y luego aceptar, si se terciá, un pitillo de los que fuma Alfonso el cerillero, que además vive de eso, apostado apaciblemente en su tenderete de tabaco junto a la puerta. Y luego inclinar la cabeza para que me dé fuego, mirándome con sus ojos guasones de viejo anarquista, mientras me comunica que tampoco esta semana nos ha tocado la lotería.

15 de agosto de 1999



Ese bobo del móvil

Mira, Manolo, Paco, María Luisa o como te llames. Me vas a perdonar que te lo diga aquí, por escrito, de modo más o menos público; pero así me ahorro decírtelo a la cara en próximo día que nos encontremos en el aeropuerto, o en el AVE, o en el café. Así evito coger yo el teléfono y decirle a quien sea, a grito pelado, aquí estoy, y te llamo para contarte que tengo al lado a un imbécil que cuenta su vida y no me deja vivir. De esta manera soslayo incidentes. Y la próxima vez, cuando en mitad de tu impúdica cháchara te vuelvas casualmente hacia mí y veas que te estoy mirando, sabrás lo que tengo en la cabeza. Lo que pienso de ti y de tu teléfono parlanchín de los cojones. Que también puede ocurrir que, aparte de mí, haya más gente alrededor que piense lo mismo; lo que pasa es que la mayor parte de esa gente no puede despacharse a gusto cada semana en una página como ésta, y yo tengo la suerte de que sí. y les brindo el toro.

Estoy hasta la glotis de tropezarme contigo y con tu teléfono. Te lo juro, chaval. O chavala. El otro día te vi por la calle, y al principio creí que estabas majareta, imagínate, un fulano que camina hablando solo en voz muy alta y gesticulando furioso con una mano arriba y abajo. Ése está para los tigres, pensé. Hasta que vi el móvil que llevaba pegado a la oreja, y al pasar por tu lado me enteré, con pelos y señales, de que las piezas de PVC no han llegado esta semana, como tú esperabas, y que el gestor de ciudad Real es un indeseable. A mí, francamente, el PVC y el gestor de Ciudad Real me importan un carajo; pero conseguiste que, a mis propias preocupaciones, sumara las tuyas. Vaya a cuenta de la solidaridad, me dije. Ningún hombre es una isla. Y seguí camino.

A la media hora te encontré de nuevo en un café. Lo mismo no eras tú, pero te juro que tenías la misma cara de bobo mientras le gritabas al móvil. Yo había comprado un libro maravilloso, un libro viejo que hablaba de costas lejanas y antiguos navegantes, e intentaba leer algunas páginas y sumergirme en su encanto. Pero ahí estabas tú, en la mesa contigua, para tenerme al corriente de que te hallabas en Madrid y en un café —cosa que por otra parte yo sabía perfectamente, porque te estaba viendo— y de que no volverías a Zaragoza hasta el martes por la noche. Por qué por la noche y no por la mañana, me dije, interrogando

inútilmente a Alfonso el cerillero, que se encogía de hombros como diciendo: a mí que me registren. Tal vez tiene motivos poderosos o inconfesables, deduje tras cavilar un rato sobre el asunto: una amante, un desfalco, un escaño en el Parlamento. Al fin despejaste la incógnita diciéndole a quien fuera que Ordóñez llegaba de La Coruña a mediodía, y eso me tranquilizó bastante. Estaba claro, tratándose de Ordóñez. Entonces decidí cambiar de mesa.

Al día siguiente estabas en el aeropuerto. Lo sé porque yo era el que se encontraba detrás en la cola de embarque, cuando le decías a tu hijo que la motosierra estaba estropeada. No sé para qué diablos quería tu hijo, a su edad, usa la motosierra; pero durante un rato obtuve de ti una detallada relación del uso de la motosierra y de su aceite lubricante. Me volví un experto en la maldita motosierra, en cipreses y arizónicas. El regreso lo hice en tren a los dos días, y allí estabas tú, claro, un par de asientos más lejos. Te reconocí por la musiquilla del móvil, que es la de *Bonanza*. Sonó quince veces y te juro que nunca he odiado tanto a la familia Cartwright. Para la ocasión te habías travestido de ejecutiva madura, eficiente y agresiva; pero te reconocí en el acto cuando informabas a todo el vagón sobre pormenores diversos de tu vida profesional. Gritabas mucho, la verdad, tal vez para imponerte a las otras voces y musiquillas de tirurí tirurí —a veces te multiplicas, cabroncete— que pugnaban con la tuya a lo largo y ancho del vagón. Yo intentaba corregir las pruebas de una novela, y no podía concentrarme. Aquí hablabas del partido de fútbol del domingo, allá saludabas a la familia, acullá comentabas lo mal que le iba a Olivares en Nueva York. Me sentí rodeado, como checheno en Grozni. Horroroso. Tal vez por eso, cuando me levanté, fui a la plataforma del vagón, encendí el móvil que siempre llevo apagado e hice una llamada, procurando hablar bajito y con una mano cubriendo la voz sobre el auricular, la azafata del vagón me miró de un modo extraño, con sospecha. Si habla así —pensaría—, tan disimulado y clandestino, algo tiene que ocultar este hijoputa.

27 de febrero de 2000



PELMAZOS SIN FRONTERAS

Hoy vengo a la tecla con animus citandi. Decía uno de los hermanos Goncourt –si no lo dijo uno lo dijo el otro- que en sociedad se reconoce a la gente educada por algo muy sencillo: te hablan siempre de lo que te interesa. Eso coincide con aquel comentario de Heine, don Enrique, que utilicé hace dieciséis años como epígrafe para una novela: *“Soy el hombre más cortés del mundo. Me precio de no haber sido grosero nunca, en esta tierra donde hay tantos insoportables bellacos que vienen a sentarse junto a uno, a contarle sus cuitas e incluso a declamarle sus versos”*. Y eso que en tiempos de Heine y de los Goncourt la gente procuraba parecer educada, aunque no lo fuera. Ahora se procura alardear de lo contrario: de naturalidad, de franqueza y de falta de educación. Cuando alguien dice que me vas a perdonar, oye, pero soy muy sincero, es para echarse a temblar; sobre todo cuando nadie le ha pedido que lo sea, y a veces ni siquiera que abra la boca. No es ya que estés sentado en un café o un restaurante y los vecinos de mesa te informen a gritos de tu vitae, o que un tonto del culo con teléfono móvil te ponga al corriente en el tren o en mitad de la calle de los apasionantes pormenores de su vida laboral o sentimental. Es que hay prójimos que a las primeras de cambio te endilgan directamente, sin ningún pudor, monografías personales que maldito te importan.

Verdean de muchos tonos, claro. Ustedes tendrán los suyos y yo tengo los míos. Los que mandan, por ejemplo, novelas inéditas que nadie ha pedido –hay semanas que recibo cinco-, y luego cartas indignadas porque no dedicas dos o tres días de tu vida a leer cada una, y después otra hora de tu tiempo a aconsejar al autor sobre si futuro literario. O quienes, en una conferencia sobre el capitán Alatriste, piden palabra y disertan quince minutos sobre lo que opinan ellos del último Harry Potter. También está el pelmazo no cualificado: el que no aspira a ser escritor, ni conferenciante, ni otra cosa que el pelmazo a secas. Estás sentado en el café Gijón leyendo o cambiando miradas con Alfonso el cerillero cada vez que entra una señora estupenda, y de pronto se esclafa en tu mesa un tío al que no has visto en tu puta vida, que te dice, sin que le preguntes, que no ha leído nada tuyo –es del género franco, adviertes aterrado- pero considera que Javier Marías sí es un novelista brillante a quien su mujer, muy lectora, sigue mucho; y a continuación se pone a contarte su vida a quemarropa. La suya, ojo, no la de Marías, ni la de su mujer, ni la de su

mujer y Marías. O se pone a opinar sobre esto y aquello, pese a que tú, a estas alturas de la vida, cuando quieres opiniones vas y las buscas. A mí, para que se hagan a una idea, me han contado la guerra de los Balcanes de pe a pa en la sala de espera de un aeropuerto, justo cuando yo regresaba de pasar varios meses en Zagreb o Sarajevo –mi tema favorito de conversación en ese momento, imaginense-. También miles de taxistas me han informado con detalles primorosos de lo mucho que nos jugamos todos en tal o cual partido del domingo, pese a que no soporto el fútbol ni a los taxistas parlanchines. Y locuaces matronas me han contado hasta la náusea lo que estudian sus hijos, lo que hace o no hace su digno esposo, y dónde pasaron las últimas vacaciones. Aderezado todo ello, a menudo, con guiños para implicarte en el ajo. Yo también escribo, dicen, o mi niña quiere ser periodista como usted, o yo es que en el fondo soy un aventurero, o tengo un cuñado en Murcia. Pretextos, en realidad, para hablar de sí mismos.

Uno comprende todo eso, claro. La gente anda bien sola y bien jodida, y es normal que procure desahogarse cuando puede, contando lo que sea. Esta misma página semanal tiene, a veces, mucho de desahogo o ajuste de cuentas; lo que pasa es que cualquiera puede saltársela, si quiere, e ir directamente al perro inglés, o a donde le salga; y además mi caso se justifica porque vivo de contar cosas y encima de desahogarme trinco viruta. Otra cosa es la gente que larga el rollo por la cara, acorralándote sin preocuparle si interrumpe algo: una lectura, una reflexión, un recuerdo, un dolor. Es descorazonadora esa impertinencia incapaz de considerar el momento idóneo para cada cosa, y que no distingue ente la atención cortés y el verdadero interés por la brasa que te están dando. Asusta comprobar lo mal que el pelmazo contumaz capta las señales de hastío e indiferencia de sus víctimas: esos asentimientos de cabeza que no comprometen, esos monosílabos mirando el reloj –ajá, no me diga, vaya, caspita-, que intercalamos en mitad del martirio macabeo. Al contrario. Ni siquiera lo de caspita los mosquea. Algunos se sienten animados, incluso, y redoblan su entusiasmo. Te cuentan lo de aquel sargento en la mili o la metástasis de su tía Merche, los miras, dices “no jodas” y contestan: “¿Verdad que sí?. Pues no sabes lo mejor, etcétera”. Y piden otra caña mientras tú piensas: así se te vaya por la glotis. Cabrón.

Madrid, la ley y el orden



Ahora comprendo que a veces me paso varios pueblos y una gasolinera con el alcalde Álvarez del Manzano, y que mi vecino de la espalda negra y las almas tan blancas también se pasa mucho. Incluso más que yo, porque a él lo ciegan la proximidad y la pasión. Resulta inexacto, en lo que a mí respecta, que la Villa y Corte encomendada a la vara de tan simpático regidor-esa cara, esa sonrisa-sea punto por punto la casa de putas que el perro inglés y el arriba firmante describimos en ocasiones. Y es injusto, concluyo, mentarle al excelentísimo señor, o como se diga, los muertos del modo en que lo hacemos; incluso a pesar de las obras perpetuas, y el tráfico infame, y los paneles de metacrilato con los que la concejalía correspondiente bloquea a los madrileños lo que mi amigo el escritor maldito Montero Glez -antes Roberto del Surllama la única salida digna de Madrid: el Viaducto. Debo decir, en descargo de mi vecino y mío propio, que así, a primera vista, la ciudad le quema los nervios a cualquiera. La desvergüenza y el caos urbano, la permisividad municipal con lo que le conviene al Ayuntamiento y el despotismo ante lo que no le conviene, sin que el patrón de esas conveniencias coincida forzosamente con las necesidades del ciudadano, terminan sacándote de quicio, incluso cuando, como es mi caso, sólo bajas a Madrid de vez en cuando, en plan Paco Martínez Soria, a ver librerías y saludara Alfonso en su puesto de lotería y tabaco del café Gijón. Y cada vez termino formulándome varias preguntas que pueden resumirse en una: ¿Por qué en Madrid siempre hay un guardia municipal dándote por saco cuando no molestas a nadie, y nunca hay uno cuando lo necesitas?... Quiero decir que los guindas sólo aparecen, y además en grupos nutridos con chalecos verde fosforito, para prohibirte la entrada al aparcamiento de toda la vida, o para cortar el tráfico en tus narices y sin previo aviso cuando la hermandad agropecuaria de jarandilla del Cebollo, que a ti te importa un carajo, se manifiesta y bloquea la Puerta del Sol. O para desviarte hasta Vallecas cuando los retrasados mentales que enloquecen porque su equipo marca un gol, deciden celebrarlo borrachos rompiendo la Cibeles, y los municipales lo vallan todo, no para evitar que la rompan, sino para que puedan hacerlo a gusto. En todas esas soplapolleces, digo, nunca faltan pitufos con coches y pirulos azules y toda la parafernalia; pero a cualquier hora del día o de la noche tú vas por una calle de cinco carriles, y de los cinco hay cuatro bloqueados por coches en prohibido y en doble fila,

tan campantes, y en la esquina siempre hay dos agentes tocándose los huevos mientras la grúa recaudatoria se lleva justo el coche que no molesta a nadie. O ves a los carteristas y a los tironeros que campan a sus anchas frente a tiendas y restaurantes, y cuando agarran el botín y empujan a la abuela o al turista y salen por pies, resulta que nunca hay un guardia para echarles una carrerita, porque están todos muy atareados multando a los taxistas que se detienen a esperar tres minutos a sus clientes frente a las farmacias.

Es tal vez ese panorama el que nos hace ser injustos con nuestro particular sheriff manzanil de Nottingham y sus guindillas. Ubi sunt, nos preguntamos. Y para qué. Etcétera. Pero hete aquí que al fin obtengo respuesta adecuada. Los guardianes del municipio están donde deben estar. Lo que pasa es que, ocupados en asuntos de importancia, se ven obligados a descuidar aspectos secundarios del orden y la seguridad ciudadana. La semana pasada, verbigracia, y según leo en los periódicos, lo que se dice estar, estaban. Concretamente en la madrileña plaza de los Carros, distrito de Centro, donde dos guardias municipales le impusieron una multa de 150 euros -25.000 pesetas una encima de otra una madre cuyo hijo de siete años jugaba al fútbol incumpliendo las ordenanzas municipales de una ciudad tan ordenada y feliz como la que nos ocupa. Imagino que los robocops actuaron con admirable profesionalidad, y que mientras uno encañonaba al delincuente -con siete años de edad vienen ahora muy resabiados, los hijoputas- el otro le pondría los grilletes tras requisarle el letal esférico, por si las moscas. Si te nuevos tabraso, cabrón. Tienes derecho a guardar silencio. Etcétera. ¿Visualizan el cuadro? Aquí Patrulla 05 a todas las unidades, tenemos un Código Seis. Envíen refuerzos. Piii-po, piii-po. Doy por supuesto que, una vez erradicado el fútbol infantil ilegal de la vía pública, los guindas se ocuparán también de los niños que conducen triciclos por las aceras y los parques incomodando a los viandantes -imagino, guau, esas persecuciones a tiro limpio cuando los pequeños delincuentes no obedezcan la voz de alto-, y después tocará pedir papeles a las niñas que llevan en cochecitos o en brazos a muñecas inmigrantes negras de color. Porque ahí está el intríngulis. Sólo de esa forma un alcalde, un ayuntamiento y una policía municipal comme il faut se ganan a pulso el respeto de los ciudadanos. O sea. Mano dura. Firmeza implacable frente al imperio del crimen.



Cerillero y Anarquista

No sé cuántas navidades más pasará Alfonso con nosotros. Ojalá sean muchas. Por si acaso, sus amigos del café Gijón organizamos un pequeño homenaje el otro día. Mejor una hora antes que un minuto después. Así que nos juntamos el gran Raúl del Pozo, Javier Villán, Pepe Esteban, Manuel Alexandre, Álvaro de Luna, Mari Paz Pondal, Juan Madrid y un montón más -de los clásicos sólo faltaron Umbral y Manolo Vicent, los muy perros-, habituales de la barra, la tertulia de la ventana, la mesa de los poetas, o sea, clientes de toda la vida, pintores, escritores, actrices, actores. Amigos o simples conocidos que apenas nos saludamos al entrar o salir del café, hola y adiós, pero giramos en torno a ese modesto puesto de tabaco y lotería que Alfonso, el cerillero, atiende en el vestíbulo del que fue último gran café literario del rompeolas de las Españas.

Hace tiempo prometí que un día pondríamos una placa con su nombre donde, desde hace treinta años, asiste a las idas y venidas de los clientes, presta dinero y fía tabaco, te guarda la correspondencia y confirma el generoso corazón de oro que late tras su gesto irónico y el mal genio que asoma cuando le pega al frasco y recuerda que su padre, miliciano anarquista, luchó por la libertad antes de morir en la guerra civil, dejando a su huérfano sin infancia, sin juventud, sin instrucción y lejos del lado fácil de la existencia. Por eso en la placa pone: «Aquí vendió tabaco y vio pasar la vida Alfonso, cerillero y anarquista. Sus amigos del café Gijón». La redactamos así, en pretérito indefinido, para que Alfonso sepa qué leerá la gente cuando él ya no esté allí. Privilegio ese, conocer en vida el juicio de la posteridad, que está reservado a muy pocos. A grandes hombres, tan sólo. A gente especial como él.

Así que háganme un favor. Si van a Madrid, pasen a saludarlo. Alfonso es la memoria bohemia de Madrid, del café legendario que en otro tiempo se llenaba de artistas famosos, escritores malditos o benditos, gente del teatro, actrices, poetas, vividores, sablistas y furcias profesionales o aficionadas; cuando, por culpa de algún guasón, la pobre señora de los lavabos salía voceando: «Don Francisco de Quevedo, lo llaman al teléfono». Alfonso es monumento vivo de un mundo muerto.

Centinela de nuestras nostalgias. Y ese último testigo de los fantasmas del viejo café sigue allí, en su garita de tabaco y lotería, mirando, escuchando en silencio, despreciando, aprobando con ojos guasones y juicio callado, inapelable. De vez en cuando le da el arrebató libertario y monta la pajarraca; como hace poco, cuando sus jefes del Gijón lo tuvieron tres días arrestado en casa, sin dejarlo ir al trabajo, porque Joaquín Sabina se lo llevó a una taberna a calzarse veinte copas, y a la vuelta, un poquito alumbrado, Alfonso cantó las verdades a un par de clientes que se le atravesaron en el gaznate. «Los intelectuales -decía- sois una mierda.»

Ése es mi Alfonso. Con su pinta de torero subalterno maltrecho por el ruedo de la vida. Con sus filias y sus fobias, conciencia viva de una época irreplicable con su historia artística, noctámbula, erótica, golfa. Y con quien, por cierto, seguimos jugando a la lotería que nunca nos toca, en mi caso pagando yo el décimo pero a medias en los hipotéticos beneficios, a ver si salimos de pobres de una puta vez. Y hay que ver cómo pasa el tiempo. A veces estamos charlando, me da el correo, un periódico o un cigarrillo, y me recuerdo a mí mismo jovencito y recién llegado a Madrid, sentado tímidamente en una mesa del fondo. Cuando envidiaba a los clientes habituales que se acercaban a charlar con el cerillero, y soñaba con que un día Alfonso me distinguiera también con su aprecio y su conversación.

El día en que tomé posesión del sillón en Real Academia Española lo invité, claro. Se presentó repeinado, con chaqueta y corbata -«La primera vez que me la pongo», gruñó cuando le comenté, para chingar, que parecía un fascista-. Lo que es la vida: le tocó sentarse lado de Jesús de Polanco, y allí estuvieron los dos charlando de sus cosas, de tú a tú, el cerillero del café Gijón y el propietario del grupo Prisa. Cómo lo ves, Jesús, y tal y cual. Yo en tu lugar, etcétera. Todo con muy buen rollo. Aunque al final, según me cuentan, a Alfonso le dio la vena anarquista y le estuvo dando al pobre Polanco, que escuchaba y asentía comprensivo con la cabeza, una brasa libertaria de la leche.



Patente de curso por Arturo Pérez-Reverte

El vendedor de lotería

Desde que Alfonso, cerillero y anarquista, ya no monta guardia junto a la puerta del café Gijón, no juego a la lotería, ni a nada que tenga que ver con el azar, excepto cuando me acorralan por Navidad y en momentos así. Ahora sólo palmo cada diciembre en algún bar de la esquina, o con los conserjes que esperan emboscados junto al perchero del vestíbulo de la Real Academia, relamiéndose como francotiradores implacables, los malditos, para preguntarme cuántas participaciones quiero. Y no se trata de alergia a gastar viruta, sino de simple falta de fe. A diferencia de algunos conocidos míos, habituales del décimo o del cupón, y aunque uno de mis mejores amigos regenta un negocio de lotería en Burgos y otro vende cupones de la ONCE en la esquina de la librería de El Corte Inglés, en la Puerta del Sol, nunca confié en el golpe afortunado que de la noche a la mañana, alehop, soluciona la vida. Ignoro cómo funcionan la bonoloto o el euromillón —ni siquiera sé si son lo mismo—, y carezco de experiencia en marcar o rascar. Si me ponen una quiniela en la mano, no sé qué hacer con ella, entre otras cosas porque, a diferencia de Javier Marías, que es del Real Madrid —cada cual tiene sus perversiones—, tampoco de fútbol tengo la menor idea. De máquinas tragaperras, ni les cuento. Todos esos botones, luces, colores y músicas me agobian lo que no está en los mapas. Juro por el Cangrejo de las Pinzas de Oro que con tales artilugios me siento tan desconcertado y receloso como un político español delante de un libro. Del que sea. De cualquier libro.

Me gustan mucho, sin embargo, los vendedores ambulantes de lotería. Me

refiero a los tradicionales, especie que considero en franca extinción. A lo mejor, si me interesan es porque resulta cada vez más raro tropezárselos en su aspecto clásico. Cambian las costumbres de la gente, claro. No somos los mismos. Ni siquiera nos damos los buenos días como hace diez, veinte o treinta años. A veces ni siquiera nos los damos. También cambia el tipo de relación social que hace posible ciertas cosas y descarta otras. A menudo eso ocurre para bien, y a veces para mal. En lo que a vendedores de lotería de toda la vida se refiere, los que callejean ofreciendo sus décimos, hay ciudades, sobre todo hacia el sur de

ojo avezado, experto, sabiendo a quién y cómo. Actúan sin descomponerse, cual si tomaran prestadas las maneras de las fotos de toreros que hay en las paredes, junto al cartel de tal o cual feria de San Isidro. Perfectos en lo suyo, profesionales, sin tutear jamás, aceptando una negativa con la misma dignidad con la que puede aceptarse una honrada propina. A fin de cuentas, son ellos quienes le hacen un favor al cliente.

El otro día encontré a uno de esos vendedores de lotería donde menos lo esperaba: el pequeño y venerable bar-restaurante La Marina, junto al puerto pesquero y la lonja de Torre Vieja. Estaba yo comiendo huevas a la plancha cuando lo vi entrar con sus décimos, silencioso, el aire grave. Iba despacio de mesa en mesa, sin molestar a nadie. Decía buenas tardes, aguardaba cinco segundos e iba a otra mesa. Algunos comensales ni se molestaban en levantar la cabeza del plato. Al fin se detuvo a mi lado. Era un fulano serio, agitanado. Vestía chaqueta,

Es cada vez más raro tropezarse con un clásico. Los tradicionales de toda la vida parecen estar en franca extinción

España, donde todavía es posible verlos en su estado puro, habitual, de siempre. En Sevilla y Cádiz conozco a un par de ellos, aplomados profesionales de lo suyo, a los que alguna vez incluso he seguido un trecho, observando con interés casi científico su modo de abordar a los clientes. En Madrid también es posible dar con ciertos ejemplares impecables en los bares taurinos, o que antaño lo fueron, como el Viñapé y algún otro de los que están entre la plaza de Santa Ana y la Puerta del Sol. Cuando estoy con una caña en la barra y los veo entrar, casi me pongo en posición de firmes. Palabra. Me gusta el modo antiguo, mezcla de familiaridad y respeto, con que se dirigen al personal, sus décimos por delante, sin molestar nunca. Prudentes y con

corbata y zapatos relucientes. También se tocaba con sombrero, lucía anillo grueso de oro en la mano con la que mostraba la lotería y llevaba el bigote recortado, muy formal. Cinco cigarros habanos asomaban por el bolsillo superior de su chaqueta. La estampa y las maneras resultaban irresistibles, así que dije: «Deme un décimo». Lo cortó solemne, cobró, le pedí que conservara el cambio, se tocó el ala del sombrero y dijo: «Gracias, caballero». Luego se fue andando muy erguido y muy despacio. Impasible. Torero.

No recuerdo lo que hice con el billete de lotería, ni dónde lo guardé. Qué más da. Comprenderán ustedes que eso era lo de menos. ■

www.xlsemanal.com/perezreverte